

EMANCIPACION, LIBERALISMO Y COMUNISMO EN HISPANOAMERICA. ALTERNATIVAS ACTUALES (*)

POR

GONZALO IBÁÑEZ SANTAMARÍA.

Un poco de historia.

Entre 1810 y 1830 prácticamente toda Hispanoamérica se separó de España, poniendo con el hecho término al imperio español. Pero esta separación no fue la consecuencia natural del fortalecimiento de unas regiones cuyo desarrollo las posibilitaba para alcanzar su propio bien desligadas del todo. No fue una separación puramente política, en el recto sentido de la palabra. Fue mucho más que eso. Con la independencia se rompió o trató de romper todo vínculo con «lo español», o sea, con todo aquello que configuraba esencialmente el alma hispánica y la diferenciaba con nitidez de las demás. Es, bajo este aspecto, interesante observar el fenómeno separatista, pues es él el que influye determinantemente en nuestros días.

En definitiva, nos parece que el imperio español significaba *grosso modo* dos cosas fundamentales:

1) Una organización social interna montada sobre la base de la búsqueda del bien común con primacía al bien privado. La impecable estructura política de España tenía su origen en la certeza que asistía tanto a sus gobernantes como a sus súbditos de que nadie podría alcanzar su personal felicidad sino en comunidad. Esta acertada apreciación hizo de la naturaleza humana y de las normas que

(*) Reproducimos la conferencia que nuestro amigo Gonzalo Ibáñez Santamaría, de Santiago de Chile, con el título *El derecho natural en el Mundo Hispanoamericano del siglo XX*, y de la que hemos omitido el preámbulo, pronunció en las *I Jornadas Hispánicas de Derecho Natural*. Ha sido publicada en las Actas de dichas Jornadas, «El Derecho Natural Hispánico», Madrid, Escelicer, 1973, de donde la tomamos, agradeciendo a los organizadores su autorización para publicarla.

de ella emanan, conocidas genéricamente como «ley natural», el eje de la política y del derecho español. Especialmente se reflejaba esta apreciación: en la alta consideración de la dignidad de la persona humana, de su responsabilidad y del valor eterno que ella significaba; en la concepción de la autoridad como vicario de Dios, cuya misión es disponer a sus súbditos en orden y paz según justicia, o sea, como servidora de la comunidad; en la concepción de la ley, mirada como un instrumento a través del cual debe discurrir la actividad racional del gobernante en pro del bien común, quedando, entonces, esencialmente subordinada a la ley natural a la cual sólo le correspondía aplicar a las circunstancias concretas en las que se desarrollaba la vida social. Esto hacía de la prudencia la virtud más alta del gobernante cuya legitimidad, consecuentemente, dependía, no de sospechosas adhesiones mayoritarias, sino del recto ejercicio del poder a él confiado.

Por último, se reflejaba esta primera característica en la estructura corporativa de la sociedad fundamentada sobre el principio de subsidiariedad. El respeto que evidenciaron las autoridades por los consorcios inferiores que servían de estructura al ente social tuvo como razón última una realista visión del hombre. Contadas fueron las veces en que se perdió de vista el hecho de que a la sociedad no la sustenta una abstracción, una entelequia salida de mentes afiebradas, sino hombres concretos de carne y hueso con aptitudes y vocaciones diferentes, por lo que desigual había de ser su lugar dentro del orden social, que así pasaba a tener como principales características la jerarquía, la organicidad y la funcionalidad. A este respecto se unió siempre y en forma paralela, como no podía menos de ser, un ejercicio constante y adecuado de una auténtica soberanía social. El pueblo no pretendía gobernar, pero estaba presto a exigir ser bien gobernado, pues, en definitiva, sabía que no era sólo su suerte la que se jugaba en un mal gobierno, sino la de las futuras generaciones. Es en ella donde el poder político encuentra, para bien de la nación, un límite eficaz a sus pretensiones absolutistas.

2) Pero España no sólo se quedó en una pura organización interna, sino que, sobre la base de los desafíos que la historia constantemente le ofreció, fue proyectándola hacia el exterior en cumplimiento de una finalidad trascendente en la que su ser nacional en-

contró su razón suficiente y su forma más perfecta. La defensa y propagación del cristianismo y de la civilización que fue paulatinamente brotando de su doctrina son la constante de la historia española desde que el Evangelio se anunció en su tierra, y en ello se pusieron en juego todas las reservas de la raza. La alta finalidad que se arrogó como nación exigía un método peculiar para ser alcanzada y éste no fue otro que la entrega total y sin reservas a una causa que aparecía, a ojos profanos, carente de todo sentido y lógica.

España, como ninguna, se dio cuenta de la existencia concreta de un bien común entre todas las naciones cristianas y occidentales. Vio que no era posible la subsistencia de ninguna si entre ellas no había un orden político que permitiese a todas su crecimiento y engrandecimiento en paz y justicia. Así, hizo de la cristiandad medieval el objetivo de toda su política exterior europea y de la transmisión de los valores que ella encerraba el objetivo de su acción en el resto del mundo. Y en defensa de estas realidades no vaciló en tomar las armas, consciente como estaba, por lo demás, de que con ello no buscaba el mal de sus enemigos sino el castigo de generaciones amotinadas, que elevando su bien a la categoría de absoluto, no vacilaron en sacrificar el bien común nacional e internacional a los caprichos de su voluntad. Como en lo interno, España fundaba su actitud en *razones* que nunca pasajeros desbordes de pasión pudieron oscurecer del todo.

La persistencia de las dos características que señalamos como fundamentales del imperio español a través de los siglos y la constante prueba a que circunstancias adversas las sometieron, hasta alcanzar grados inauditos, configuraron el alma hispánica y dieron origen a una tradición que determinó hasta en los más últimos detalles la vida y acciones de sus habitantes. La tradición hispánica forjó una raza para la defensa del cristianismo no sólo entendido como una religión, sino como un modo de vida que, sin significar menoscabo para la naturaleza humana, la sobreelevó a alturas inalcanzables a fuerzas normales mediante la infusión en ella de la gracia santificante obtenida para los hombres por el sacrificio de Nuestro Señor. Todas las pretensiones de tratar de usar los elementos de ese alma nacional para otros fines se estrellarán en lo sucesivo con la tendencia irresistible a volver al cauce normal, en donde no se encuentra sólo su justificación,

sino la grandeza y felicidad de todos y cada uno de los que participan de ella.

El nuevo mundo, antes de ser conquistado e incorporado a la civilización por obra de España, no era más que un conglomerado heterogéneo de razas, pueblos y territorios. En él reinaba la dispersión y la diversidad: nada había de común entre los cientos de tribus y pueblos que lo habitaban y mal podían llamarse entre sí, como ahora lo hacen, pueblos hermanos, por carecer en ese entonces de una misma ascendencia cultural y espiritual. Fue la presencia española, con todo lo que ella significaba, la que dio unidad a tanta diversidad, pero como nadie da lo que no tiene, el español unió esos territorios y pueblos con lo suyo, con la expresión de su alma; y por eso la raza que nació de la mezcla de las comunidades autóctonas con la española fue esencialmente hispánica. Como dice Jaime Eyzaguirre, el espíritu español encarnado en los conquistadores sirvió de forma sustancial a una materia tan dispar como la que ofrecía el continente recién descubierto (1). Las consecuencias de esto no son difíciles de determinar, pues el hispanoamericano que se fue formando a través de tres siglos quedó marcado con los mismos signos que marcaban y diferenciaban al español.

Tal vez, y explicable es que así fuera, aquél no percibió en toda su grandeza esos valores, pues cuando adquiere conciencia de tal, hace tiempo ya que España viene por la pendiente de la decadencia.

El previsible agotamiento causado en la nación por las interminables campañas en defensa de la cristiandad contra una Europa que pugnaba por hacerse hereje, y en la promoción de la civilización en el nuevo mundo; el resultado transaccional de las primeras, la decadencia de una dinastía, el peso de la soledad en la defensa de ideales antinómicos con los de las demás naciones: tales fueron algunos de los factores que entre muchos mellaron la conciencia que el español tenía de su finalidad. Al empuje vigoroso sucedió poco a poco el desencanto cuando no la ironía amarga sobre la propia situación. El desfavorable resultado que arrojaba la comparación entre la situación del

(1) Jaime Eyzaguirre, *Por la fidelidad a la esperanza*, en su *Hispanoamérica del dolor*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile.

imperio y la de las naciones vecinas que, desde el entronizamiento de la cultura calvinista habían hecho converger sus esfuerzos en el desarrollo económico, avalaba este desastroso estado de ánimo, haciendo dudar al país de su misión histórica. A esta situación se sumó el cambio de dinastía con que se inicia el siglo XVIII y que trajo todo importado, incluso las ideas. Con ella se va perfilando en la península, al menos en la intención, un ideal de Estado que tarde o temprano habría de desembocar en el totalitarismo, al hacer, de su bien, el supremo. La disociación entre la personal felicidad y la felicidad común, si bien no hizo estragos inmediatos en la estructura social, los anunció inequívocos.

Pero lo fundamental, más que la decadencia material, fue la decadencia espiritual, el progresivo escepticismo acerca de la razón de ser de España. Nada más fatal para un país y nada más fatal para Hispanoamérica: pues ella tomó conciencia de sí cuando el proceso de decadencia estaba desatado y por ello se vio cómo parte de una nación que se caía a pedazos. Se afirmaba esta apreciación en el hecho de que a los reinos de América, si bien se les reconocía su calidad jurídica de miembros del imperio en igualdad de condiciones que los reinos de la península, se los fue considerando cada vez más como «colonias», aunque sin mayores repercusiones prácticas.

Cuando se pierde de vista la finalidad que obra como causa de la unión es imposible tratar de mantenerla: pretensión que cae en el utopismo cuando una de las regiones aprecia, certera o equivocadamente, que puede subsistir sin necesidad del todo. Y es aquí donde, a mi juicio, hay que buscar la raíz del proceso emancipador y de su resultado, a pesar de que lo que con él se pretendía poco tuvo que ver, a fin de cuentas, con su desenlace real.

La emancipación.

Para los efectos de este trabajo, poco importa el estudio pormenorizado de ese proceso. Lo que interesa es precisar su resultado definitivo, para que a su través, partiendo de aquello de que las formas

son educidas de la potencialidad de la materia, podamos encontrar las razones de la actual situación hispanoamericana.

A poco de iniciarse pudieron ya advertirse signos claros del rumbo que posteriormente iría tomando. No era su meta una separación, como he dicho, orgánica de la península, de modo que donde antes había un país ahora habría muchos, pero todos regidos por la misma doctrina política fundada en el derecho natural. La consecuencia final fue la destrucción del orden español, tanto en lo que significaba fronteras adentro, como en su proyección externa, y ello se debió a múltiples factores; entre otros, al hecho de que España había quedado sola en occidente defendiendo sus postulados y doctrinas y contra ella convergieron los esfuerzos de la nueva cultura que había emergido de las ruinas de la anterior para terminar de demolerla. Por eso, si bien al principio las juntas de gobierno americanas prestaron juramento de fidelidad al monarca secuestrado, poco a poco todo lo que subyacía en la mentalidad hispanoamericana y que había germinado como efecto de una tenaz propaganda y de la difusión de las teorías triunfantes en la revolución francesa, fue tomando cuerpo, y con ello la idea de una emancipación total de lo que vino a ser, en las mentes románticas de la época, el ejemplo de la más odiosa tiranía.

Hispanoamérica se vuelve ahora, por los motivos señalados y por la influencia que en sus territorios adquirió casi inmediatamente Estados Unidos, a la dirección que la historia había tomado desde la reforma protestante en buena parte de occidente. Toda la escala de valores que objetivamente construída sobre la realidad significaba el orden hispánico se pretende reemplazar por el desorden impuesto dogmáticamente por el calvinismo, y que no es más que la expresión del viejo anhelo de los hombres de todos los tiempos: supeditar el bien común al bien particular; en definitiva, volver a la ley de la selva, porque en esta materia no hay términos medios. Pero dejando para más adelante lo que significó en la práctica, tal revolución necesitaba, antes que nada y para ser comunmente aceptada, ampararse en un cuerpo doctrinal que le procurase una justificación, aunque más no fuera que aparente. Al *liberalismo* se le encargó cumplir ese papel.

El liberalismo en Hispanoamérica.

Para los efectos de ese orden político interesa destacar dos de las premisas fundamentales del liberalismo: es una la negación de la verdad objetiva; es otra la consideración abstracta e igualitaria de los hombres.

En lo que respecta a la primera premisa, no se negó tanto la posibilidad del entendimiento humano de alcanzar la verdad mediante la conceptualización de lo real, sino que se negó directamente la existencia de la verdad, por lo que, a más de desligarse a la razón humana de los deberes que para con ella tiene, se la dejó libre de la posibilidad de errar. Así se cegó, al menos en principio —y ahora vemos las consecuencias—, toda posibilidad de comunicación efectiva entre los hombres. La proyección de esta premisa al plano moral consistió en la negación de la existencia de una forma común y válida a la que todos debían someter su actuar individual y social, es decir, a normas que ligaran y orientaran el ejercicio de la libertad. Análogamente al caso de la verdad, la negación en el plano moral de la existencia de un bien cuya consecución fuese obligatoria, hizo de la conciencia individual el supremo árbitro de la bondad o malicia de los actos humanos, con lo que —salvo casos patológicos— todos fueron considerados buenos. Mas al no poderse negar, por el peso mismo de los hechos, la necesidad de la asociación para el desarrollo de las personas y con ella la de la existencia de normas que reglasen la convivencia, hubo de buscarse a ésta un fundamento.

Así nació la teoría de la soberanía de la voluntad popular, que trató de conciliar la autonomía de la razón y de la voluntad individuales y la infalibilidad de ambas con el hecho social. Como consecuencia, se negaron la existencia de un modelo organizativo básico, y la objetividad propia del bien común, dejándose todo a las decisiones infalibles de esa voluntad soberana expresada a través de la voz de las mayorías en elecciones «libres y periódicas». El traspaso de la soberanía del gobernante al «pueblo» convirtió a aquél en un simple mandatario de este último, y a la ley en una pura expresión de su voluntad, que a lo más debía manifestarse en la forma prescrita por la constitu-

ción. En las constituciones o cartas políticas se creyó encontrar el talismán mágico que impidiese el caos que amenazaba provocar el relativismo jurídico. Ellas vendrían a reemplazar al derecho natural. Pero, evidentemente, como también quedaban entregadas al criterio de las mayorías, el problema siguió latente. Por otra parte, la enfermi-za y sospechosa preocupación por impedir el absolutismo de los go-bernantes, llevo a parcelar el poder y a enredar su ejercicio de tal ma-nera que, en la práctica, se hizo ineficaz su gestión. Por último, la sobrevaloración descrita del individuo, condujo a negar su responsabi-lidad para con la nación, entendida como una sucesión histórica unida por la tradición. La afirmación de que «el pueblo es dueño de su destino» significó cortar todo lazo con el pasado y hacer de las genera-ciones presentes las dueñas absolutas del país, sin importar nada la suerte de las futuras.

En lo que respecta a la segunda premisa, la consideración abstracta del hombre fue el fundamento de una sociedad igualitaria, con evi-dente perjuicio potencial para los que en la realidad fuesen más débiles. La estimación de la persona como una entelequia exigió desligar a los hombres de carne y hueso, diferentes entre sí, de todo lo que los arraigaba, los defendía y los representaba según lo que objetivamente eran. Así se hizo posible el desmoronamiento de toda la estructura corporativa y jerárquica de la sociedad, para ser reemplazada por los inefables partidos políticos, encargados de servir de cauce a la sobe-ranía popular para que, en el libre juego democrático, pronunciase su oráculo infalible.

Bien, a estas alturas del proceso histórico, no vale la pena entrar en refutaciones intelectuales de tan inverosímil teoría. Baste destacar, porque a ello volveremos más adelante, el absurdo que consiste en negar toda verdad y dejarlo todo al libre examen y a las decisiones mayoritarias, menos los fundamentos mismos del sistema que se esti-man indiscutibles. Es claro ya que el éxito que como doctrina tuvo el liberalismo en el siglo pasado e inicios de éste, no se debió tanto a su solidez teórica —de la que carecía por completo—, sino a una cuestión de orden moral. Por eso es vano discutir con un liberal, porque la decisión de serlo no proviene, en la mayoría de los casos, de un exa-men intelectual, sino de una decisión libre, fruto de una pasión no rec-

tificada por la correspondiente virtud. El liberalismo no fue, históricamente, más que un justificativo del desborde pasional que, desde el punto de vista ético, significaron esos años. Por ello, mucho más interesante que analizarlo desde un ángulo especulativo, es estudiar su incidencia en la vida práctica de los pueblos: en este caso, de Hispanoamérica.

El resultado concreto del liberalismo.

Uno de los más graves problemas con que se han enfrentado los filósofos y juristas de todas las épocas, ha sido el de conciliar la libertad con la exigencia de nuestra naturaleza que nos llama a vivir asociados, para lo cual, evidentemente, es necesario un conjunto de normas reguladoras de la convivencia, de modo que todos y cada uno puedan satisfacer sus legítimas aspiraciones. Como todos sabemos, siempre que se los entienda bien, no hay antinomia posible entre estos dos términos, y por ello es que no puede haber libertad sin orden, ni orden sin libertad. Sin embargo, el comportamiento humano no depende únicamente del conocimiento que se tenga de las normas, sino, además, de querer obedecerlas como tales. Es así que los hombres hacen el mal no porque ignoren dónde está el bien, sino porque prefieren su contrario. La raíz de este desorden hay que buscarla en la desviación de las pasiones que influyen determinadamente en los juicios prudenciales que sirven de base a nuestro actuar, y por eso el error en este plano —salvo el caso de ignorancia— se debe a la falta de rectificación de nuestras facultades apetitivas por la fortaleza y la templanza, omisión que hace ilusoria toda pretensión de actuar con justicia y prudencia.

He hecho este breve alcance ético porque estimo que en no despreciable medida los problemas que esboqué más arriba tuvieron su origen en un desborde colectivo de concupiscencia, en el debilitamiento de la templanza que había de refrenarla y en la falta de fortaleza para encauzar las energías hacia el bien común, superando todos los obstáculos que las circunstancias presentaban. Es así como, en el fondo, esta arbitraria negación de una verdad objetiva y la consideración de que todo lo que se afirme sobre problemas tan importantes como son

los relativos al hombre, la sociedad, la política, el derecho, es siempre verdadero, sin que importen sus intrínsecas contradicciones, sirvió solamente para justificar lo que se pensaba individualmente sobre ellos, sin necesidad de demostración previa, o bien para ahorrarse el pesado fardo que significaba plantearseles y encontrarles solución. Mucho más cómodo fue decir que todos tenían la razón y que nadie podía equivocarse. Por su parte, la afirmación del libre examen y la negación de una moral objetiva, condujeron a aceptar como bueno todo lo que se hiciese. Pero de nuevo la porfiada realidad se imponía. Como ya dijimos, si se llevaban hasta las últimas consecuencias los principios liberales, no había manera de que la sociedad subsistiese, con lo cual, y de esto había conciencia, nadie podría haber alcanzado su propio bien.

En consecuencia, se hizo imprescindible adquirir el máximo de poder para dominar a los demás y usarlos en privado beneficio, pues la negación práctica y especulativa del bien común dejó sin sustento racional al orden social. Todo el romántico sofisma de la soberanía de la voluntad popular no hacía sino esconder una concupiscencia de poder y un deseo, apenas disimulado, de imponer con él la voluntad y la «verdad» del que lo había conquistado. Con cargarle la soberanía al pueblo se evitaba tener que justificar lo injustificable y responder por el uso de unas atribuciones de las que no correspondía disponer. Esto trajo un cambio radical en la fundamentación del poder político, que pasó de la razón de bien común, del «*rex eris si recte facies, si non facies non eris*», de San Isidoro, a la fuerza pura y simple, aunque todo lo encubierta y disimulada que se quiera. Además, como se había entusiasmado a un pueblo a menudo ignorante con las luces rutilantes de los dogmas democráticos, la demagogia hizo su entrada triunfal en el campo de la lucha política. No se dejó método por usar para alcanzar el deseado poder. Se perdió toda noción de licitud, y la razón, cegada por pasiones desbordadas hasta lo inaudito, fue incapaz de poner un poco de orden en tal caos.

Es cierto que en algunas regiones hubo épocas de precaria paz, y que muchos de los innumerables golpes militares que jalonan la historia americana tuvieron por objeto restaurar, aunque más no fuera, un orden callejero y una tranquilidad material, pues hasta ese grado de descomposición habían llegado los gobiernos civiles en su ineptia

para asegurar la justicia y la pacífica convivencia. Desgraciadamente, no pasaron de ser reacciones instintivas de pueblos que, aterrados por la anarquía y el desorden, pusieron sus ojos en los institutos armados, únicos grupos sociales donde todavía reinaba un poco de disciplina. La carencia de razones capaces de otorgar fundamento sólido a tan elemental instinto de conservación, impidió que dichas épocas fructificaran en sistemas más o menos regulares de convivencia. La ley dejó de ser una orden emanada de la inteligencia práctica del gobernante y de encaminarse al bien común, para convertirse muchas veces en instrumento de tiranía a través del cual se daban a conocer los caprichos de quienes ocasionalmente mandaban.

Pero tal vez sea en la destrucción del orden corporativo donde el liberalismo dejó una huella más profunda e impercedera. La consideración abstracta de la persona, el traspaso teórico de la soberanía del gobernante al pueblo, que hizo que éste no tuviera a quién dirigirse en sus peticiones, pues las autoridades no eran más que mandatarios suyos, destruyó por confusión la soberanía social, con lo cual se removió el dique más sólido a las pretensiones tiránicas del poder. La farsa de la representación democrática fue cruel, pues en definitiva el pueblo, por ser considerado como sujeto no sólo de la soberanía eminente, sino también de la actual, pasó a ser el responsable del mal gobierno. El desamparo cultural y material de las clases más débiles fue el corolario lógico de tanto desorden. Las guerras intestinas sacudieron una y otra vez a los diferentes países arruinando la economía y la educación, asolando ciudades y dividiendo familias. A este proceso revolucionario se unió, y como factor multiplicador, la pérdida de dignidad de las aristocracias criollas, incapaces de cumplir con su deber de clase, cual era dirigir al resto del país hacia la meta común que da sentido a la jerarquía, al orden y a la funcionalidad. El aprovechamiento en propio beneficio que se hizo de unas cualidades personales recibidas sin costo alguno, las convirtió, muy por el contrario, en oligarquías más o menos refinadas.

No fue raro, entonces, que en ese ambiente se incubara lo que es hoy el azote de América y de todo occidente: la lucha de clases.

La deshispanización.

Hasta aquí me he referido sólo al aspecto jurídico que significó el carácter revolucionario de la emancipación. Mas aquél tuvo otro objeto, no sólo de tanta importancia, sino tal vez de mayor que el primero. Este segundo es la intención netamente deshispanizadora de que se revistió. Y no es andar descaminado el señalar que este aspecto la tuvo mayor, pues —tal como vimos al analizar los constitutivos del alma española— toda la organización interna del imperio encontraba su más profunda razón de ser en su proyección al exterior. Poca duda queda de la influencia de gobiernos extranjeros —los mismos que rasgaban sus vestiduras cuando otros pretendían violar los «sacrosantos» principios de no intervención y de libre determinación— en el financiamiento e incentivación de ese fenómeno; pero no cabe culparlos a ellos de su resultado, sino a quienes, traicionando su propio ser, se hacían eco de la propaganda dirigida a tales efectos.

Mucho se ha dicho ya y poco se puede agregar sobre este proceso de deslealtad colectiva para con la tradición que engendró a esos pueblos. Especialmente grave fue la pérdida del sentido que la vida tiene en la cultura española. Para ella, el hombre, criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, peregrinaba en esta tierra hacia la otra vida, considerada como «morada sin pesar», pero cuya consecuencia supone «tener buen tino para andar esta jornada sin errar». Si el sentido de la vida era la búsqueda de la felicidad eterna, y si para esto era menester la práctica constante de la virtud, menos interesaba el éxito en la tierra, que preparar adecuadamente el juicio que abriría las puertas del cielo. La clara conciencia que tuvo el español de esta realidad, contrapuesta a la de una naturaleza caída, y que sin pretensiones vanas o hipócritas se reconocía pecadora, fue el sino de su existencia a través de los siglos. Pues bien, en su afán de ponerse al día, Hispanoamérica pretendió invertir esta objetiva relación. So pretexto de ser el primero de los términos fuente de oscurantismo, de dogmatismo y de un clericalismo inaceptable, se hizo del éxito terreno la meta de esta vida.

El abandono de la propia tradición y de las costumbres ancestrales movió a buscar en culturas distintas algo que las reemplazara, preten-

sión que se hizo ridícula, cuando para alcanzar sus fines se puso en juego toda una idiosincrasia, que denunciaba a lo lejos los caracteres mismos que se querían abandonar. Jaime Eyzaguirre ha llamado a esta Hispanoamérica la de la apostasía y, con sentencia de hierro, ha concluido que para nosotros van quedando escritas las palabras de Don Quijote a su escudero: «Bien parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen ¡Viva quien vence!» (2). La renuncia a la tradición dejó vacía de contenido el alma de los pueblos recién independizados, y por ello, por ese rastrerismo en buscar lo de otros, por esa incapacidad de afirmar lo propio, se apoderaron del continente los más audaces, siendo pasto de los más inicuos imperialismos. Es irracional pensar que los otros países y quienes los habitaban estaban exentos del pecado original y que a la vista de tanta facilidad iban a permanecer indiferentes. Como era lógico, no hubo excepción en este caso, y los otros entraron a saco. Aquí es donde hay que buscar la raíz de la dominación, mil veces más gravosa que la española, de los países extranjeros, especialmente anglosajones, y no en sus actitudes, amenazas y presiones. Largo sería enumerar e ilustrar con ejemplos, hechos y actitudes como las señaladas. Sólo nos interesa la actitud básica de los hispanoamericanos que posibilitó tales resultados.

En resumen, creo que no es errado señalar como características más sobresalientes de esta época —de las cuales se desprenden todas las demás—, y que marcan el rumbo futuro del continente: *a)* la calvinización práctica de sus habitantes, especialmente aguda en sus clases dirigentes que vieron en su poder un medio para alcanzar éxito personal; *b)* la deshispanización cultural; y *c)* el nacimiento de la lucha de clases, que inevitablemente tenía que sobrevenir por la ausencia de un fin común, razón justificante del orden político.

El siglo xx.

El siglo xx no presenta respecto del anterior ninguna alteración en lo que se refiere a los principios teóricos sobre los que se había pretendido sustentar la convivencia social, esto es, a los que constituyen la

(2) Jaime Eyzaguirre, *Hispanoamérica del dolor*, cit., pp. 38 & 51.

doctrina liberal. La anterior y la presente centuria forman, para estos efectos, una impecable unidad lógica, y por ello es que no permiten ser tratados en forma separada, pues todo lo que sucede en el último siglo yacía implícito en el precedente. Para quien piense con un mediano sentido común, no puede decirse que sea novedad el que unos principios produzcan sus consecuencias propias; pero en el caso de nuestro continente, parece serlo, y aterradora, para quienes fueron los más decididos defensores de estos principios, y que ahora no atinan, en su ceguera, a dar con el motivo de los sucesos que nos sacuden sin misericordia.

En sus comienzos, este siglo fue testigo de una verdadera apoteosis del liberalismo, especialmente económico, pues el político no ha tenido, salvo excepciones, mayor vigencia práctica durante la llamada historia libre de Hispanoamérica: como sólo estaba para esconder un indisimulado deseo de poder, quien lo obtenía no trepidaba en liquidar las reglas del juego democrático para entronizarse definitivamente en él. Con todo, no es posible afirmar que en el campo económico y social haya producido los mismos terribles efectos que en algunos países del viejo mundo. En este sentido, un menor desarrollo de la riqueza material, unido a la arraigada cultura católica y al ancestro español de la raza, se hicieron presentes: aunque estos últimos, las más de las veces, de manera implícita e inconsciente.

En lo que quizá superó a cualquier región del mundo fue en la soberbia puesta en la afirmación de sus errores y en la negación blasfema de la existencia de una verdad trascendente a los hombres que obliga a sus inteligencias y guía a sus voluntades. Y es esta soberbia la que hoy cobra su alto precio.

El comunismo entra en escena.

Tal como en el resto del mundo, es sin duda la aparición del comunismo lo que caracteriza más notablemente la vida de los pueblos hispanoamericanos durante principios de siglo; y en lo que ha transcurrido de él hasta nuestro tiempo, su cada vez mayor vigencia, tanto en lo doctrinario como en la vida práctica. No es del caso entrar ahora

en un análisis de los postulados básicos del marxismo. Lo que interesa mostrar es cómo el liberalismo le preparó sus caminos y le removió los obstáculos que podrían haber entorpecido su avance y la conquista de las posiciones que hoy detenta.

En primer lugar, la negación de toda verdad objetiva y la afirmación del escepticismo y del relativismo como norma intelectual, era algo que evidentemente no podía conformar a la inteligencia humana, que de suyo busca la verdad en las cosas y en sus causas y no dentro de ella misma, que busca la certeza y no la consagración de la duda. El liberalismo, eso sí, diluyó todo el sistema doctrinario en que se había afirmado el mundo antes de su advenimiento. Es cierto que, para lograr ese efecto, se basó en otros presupuestos, tanto intelectuales como morales; y no lo es menos que desde la reforma protestante proclamó el subjetivismo religioso, era inevitable caer en el subjetivismo intelectual y de toda laya. Especialmente ayudó al marxismo en su avance la creencia generalizada en el «dogma» del «progreso indefinido», que prejuizó determinadamente la mentalidad de un inmenso número de personas hacia doctrinas que se supusieron atadas a un pasado irreversiblemente superado.

A pesar de que los textos son contradictorios, a mi juicio el comunismo se levantó enérgicamente contra el idealismo filosófico, y afirmó la posibilidad del entendimiento de conocer la realidad exterior, y no sólo de conocerla, sino de transformarla. A pesar de los múltiples errores y groseros absurdos de que está llena su doctrina, el punto inicial, la postura frente a lo real, fue muy diferente a la del liberalismo, y por eso un mundo ya agotado e irritado por el raquitismo ideológico de los cultores de este último, poco a poco y cada vez con mayor rapidez se fue cargando al lado de la nueva doctrina, cuyas afirmaciones precisas, contundentes, simples y revestidas de cierta lógica, no tardaron en imponerse. La afirmación de Lenin de que no hay *praxis* revolucionaria sin *teoría* revolucionaria, sirve de punto de partida para comprender la posición marxista frente al problema de la verdad. Ella nos demuestra que negó el que cada uno pudiese tener la suya propia, y que, al contrario, la doctrina comunista era «la» verdad y por eso le dejaba sin cuidado el rumbo que tomaran las mayorías.

Al relativismo moral que dejó sin fundamento a la sociedad, opuso

una especie de moral objetiva, que hacía de la «revolución» —que no es, ni mucho menos, cualquier cosa que cada uno piense, sino algo muy claro y preciso— la raíz de la bondad de los actos libres. Lenin nos ilustra nuevamente: es moral todo lo que favorece a la revolución. Ello hizo de ésta un verdadero «anti bien común», pues se le constituyó en el último fin de nuestra actividad. De aquí, a mi juicio, que la doctrina comunista no es contraria a la iusnaturalista al modo que lo es la liberal: es decir, negando la existencia de una verdad y de una ética. Es mucho más audaz, porque acepta la existencia de ambas. Es contraria, porque proclama como verdaderos, y para todos, sus colosales errores, y porque proclama como buenos todos los actos que contribuyen al triunfo de la revolución, que es algo que nada tiene que ver con el fin último del hombre.

La base sociológica sobre la que el comunismo construyó su actual predominio la obtuvo de la lucha de clases, que, a más de estar larvada en los principios liberales, de hecho se había desatado ya, y con resultados muchas veces sangrientos. El comunismo encontró, por ello, un terreno favorable, aunque más en sectores amargados de una clase media que veía transcurrir sus vidas sin mayor sentido, que en un supuesto «proletariado». Y fue precisamente el sentido de la vida —y con él la disciplina y la organización— lo que proporcionó al marxismo el ambiente revolucionario incubado antes de su aparición. La destrucción, causada ya por la misma lucha de clases, de los cuerpos intermedios, que no sólo servían de defensa a los individuos que a ellos pertenecían, sino también para procurarles los medios necesarios para el desarrollo de su personalidad y vocación, fue un factor que aceleró el éxito del marxismo. La pérdida de unidad que significó el abandono teórico y práctico de la búsqueda del bien común, no sólo influyó en el todo social, sino, además, en cada una de sus partes, que se vieron a su vez divididas en tantas fracciones cuantos fueran los intereses que se contraponían. La escisión real interna de los gremios hizo inevitable su división jurídica en sindicatos de clase, lo cual con ser efecto de la lucha entre ellas, sirvió también de factor multiplicador de la misma. En fin, el carácter mesiánico de que el comunismo se revistió, su filosofía redentora del proletariado, dio una esperanza —todo lo irreal y absurda que se quiera, pero esperanza al fin y al cabo— a la vida de

aquellos a quienes la naturaleza no había dotado de las especialísimas condiciones necesarias para sobrevivir en la selva en que el liberalismo había convertido la vida social.

Tal como en el caso de los liberales, vano es pedir a los marxistas razones explicativas de su posición. Más bien hay que acudir a motivos de orden pasional, motivos a los que se aferran como a la última tabla de salvación de sus vidas, muchas veces desesperados en la búsqueda de una finalidad para darles sentido y hacer de ellas algo que merezca la pena de ser vividas. No cabe duda de que entre los adeptos de la «doctrina roja» no pocos son los que se hallan ahí por consideraciones más frías, por cobardía, por moda o por esnobismo. Pero el arranque inicial y la clave de su triunfo está en que supo despertar una adhesión incondicional, que seguramente fallará —como en tantas otras ocasiones— cuando empiece a producir sus efectos prácticos. Los que vivimos en Chile, algo de esto ya hemos apreciado. Lo grave estriba en que, tanto por su dinámica interna como por la intrínseca inmoralidad de sus principios y porque sus dirigentes prevén la desilusión y se precaven contra ella, el comunismo no sufre mayormente con la prueba.

Así vistas las cosas, no se puede negar que las condiciones se han dado altamente favorables al marxismo, pero tal circunstancia no ha sido óbice para que sus miembros y partidarios desarrollen, además, sus propias tácticas destinadas a conseguir el manejo completo del continente. Dichas tácticas se engloban en la guerra subversiva, que consiste, como señala Alberto Falcionelli, «en una agresión psicológica ejecutada sobre una población determinada para tornarla hostil a su propio gobierno y a las estructuras tradicionales que la han sustentado en el pasado: poder espiritual, estructuras familiares, jerarquías sociales, fuerzas armadas, etc. La guerra subversiva descansa en dos actitudes complementarias: una propaganda destinada a conquistar los espíritus para una ideología; y una propaganda destinada a destruir la armazón moral, social y administrativa del país que se ha decidido conquistar. No tiende aún a la conquista del poder; sólo quiere aislar al gobierno de la población para que ésta ejerza una presión hasta que aquél se encuentre en la imposibilidad de seguir imponiéndose» (3). No es del caso entrar a detallar la concreción de tal

(3) Alberto Falcionelli, *El licenciado, el seminarista y el plomero*. Bre-

táctica. En general, busca el ablandamiento de los sectores que puedan oponérsele, y en muchos casos procurarles un sentimiento de culpabilidad que los deje desarmados frente a la embestida roja.

La reacción anticomunista.

Buena parte de lo anterior lo da el hecho paradójal de que quienes pretenden montar una resistencia contra el comunismo lo hagan dándole la razón, pero queriendo ejecutar por sus manos lo que aquél señala en sus programas. Es decir, la estrategia anticomunista se ha basado en la cesión progresiva a sus requerimientos, de tal manera que en el fondo no ha hecho otra cosa sino allanarle el camino. Ciertamente, tal actitud no ha dejado de repercutir en el cuerpo social, pues, en definitiva, ha sido él el que ha sufrido los efectos de las concesiones mencionadas, y que se resumen en el acelerado proceso de socialización que afecta a Hispanoamérica desde hace unos cincuenta años. Especial hincapié quiero hacer sobre el sentimiento de culpabilidad que la hábil propaganda roja proyecta sobre las conciencias de los dirigentes de nuestros países. Ella encontró eco en una culpa efectiva, habida por los motivos ya acotados. Mas dicho sentimiento no se ha reflejado, a su vez, en la realidad social, mejorándola o dándole fundamentos racionales, sino —y he aquí lo grave— ha viciado más y más el campo de las ideas. Así, para tranquilizar esas conciencias, sus sujetos han cedido paulatinamente en todo lo doctrinario confiando en que de este modo podrán detener la ola revolucionaria y podrán mantener ciertas posiciones de origen poco claro.

De hecho, se cree que las ideas no inciden en la realidad, y este es el motivo por el que se cede tan fácilmente. Pero aquélla se encarga de demostrar lo contrario. Han influido y de una manera determinante: y así es como de una estructura liberal se ha pasado casi sin notarse a una de carácter cada vez más socialista, que ha hipertrofiado al Estado haciendo inevitable su posterior bancarrota. La progresiva des-

ve glosario del comunismo en acción, Ed. La Mandrágora. Buenos Aires, 1961, p. 172.

personalización que es fruto de un individualismo exagerado, la visión del Estado —hecho todopoderoso por obra del aniquilamiento de los cuerpos intermedios— como única entidad capaz de poner coto a los desmanes privados contra el bien común, la ausencia de una doctrina capaz de encauzar adecuadamente esta intervención estatal, son algunas de las causas de tal fenómeno. Además, la aceptación de las ideas socialistas y el prurito, conscientemente cultivado, de ponerse a la vera de palabras que se creen carismáticas, como ahora es el caso del «socialismo», han conducido a la masificación de las personas y a una pavorosa renuncia de sus atributos específicos, cuales son la inteligencia y la libertad, que son cambiados gustosamente por la tranquilidad irracional de sentirse partes absolutas de esta monstruosidad en que ha desembocado el Estado totalitario de nuestros días, frente al cual los de la época pagana son pálidos reflejos.

Ahora bien, toda esta «sensibilidad social», tardía y bastarda, y que ha conducido a la estatización sin la directa intervención de los movimientos marxistas que pululan por el continente, se canaliza de modo primordial en la democracia cristiana, que no siempre actúa como partido político y ni siquiera con el nombre de tal, sino sólo con sus ideas; y en los gobiernos militares nacionalistas, progresistas y de marcado tinte izquierdista. Sobre estos últimos poco cabe decir; por lo elemental de sus posiciones y porque, en suma, sus resultados son similares a los de la democracia cristiana. Mucho más grave es el papel que juega ésta en los últimos años. Es verdaderamente el eslabón que cierra la cadena que conduce al comunismo. Es ella la que termina por pudrir a los países derrumbándolos internamente, con lo que deja listo el campo para la acción extremista. Es ella la que toma conciencia real de las premisas liberales y se dispone a llevarlas a la práctica cueste lo que cueste. Es ella la que remueve eficazmente, por una consideración deísta de la religión, la defensa que ésta —profundamente enraizada en el pueblo, proletario o no— opone al ateísmo marxista. Cierto es que en tal remoción ha sido ayudada y de un modo categórico por la complicidad de buena parte de la jerarquía y del clero católicos del continente que, actuando como lobos entre ovejas, introducen la confusión en el rebaño conduciéndolo a la ruina.

La interpretación que hace el marxismo de la lucha entre la de-

mocracia cristiana y los sectores tradicionales que responden al nombre genérico de derecha, me parece absolutamente certera y su desenlace constituye —por lo que toca a su promoción y conducción— lo que tal vez sea el éxito más señalado de la táctica roja en la guerra política, pues le ha permitido conquistar una serie de posiciones claves sin desgaste propio. Por dicha interpretación sabemos que ese enfrentamiento es sólo una lucha entre sectores «tradicionales» y «progresistas» de la burguesía por el poder. Ahí no hay lucha ideológica ni nada que se le parezca. Los democristianos apuran, bajo el lema del pluralismo, todas las consecuencias de la doctrina liberal y, para conquistar la voluntad de las mayorías, no dudan en enarbolar las banderas del comunismo y de la revolución, quienes gustosamente los «dejan hacer». Para la democracia cristiana, su revolución tiene por objeto renovar «las arcaicas estructuras opresoras que perpetúan en el poder a una casta oligárquica y así liberar al pueblo y desalienar al hombre». Detrás de tales abstracciones se esconde nuevamente un deseo desordenado del poder y así como la burguesía de la época de la independencia no vaciló en aceptar todos los *slogans* revolucionarios de 1789, ésta de ahora —nacida a la vera de la industrialización y de recientes inmigraciones— no trepida en aceptar los postulados marxistas, para a su través conquistar el poder y justificar su tenencia. En el fondo, pretenden servirse de la «revolución», sin darse cuenta de que es ella la que se está sirviendo de sus afanes.

Por su parte, lo que se conoce con el nombre de derecha tradicional, que vendría a representar al sector antiguo de la burguesía, no ha hallado nada mejor que oponerse al comunismo insistiendo en sus propios errores. No otra cosa significa el hecho de que, frente a aquél, levante el esquema del pluralismo y de la democracia, como si no se pudiese marxistizar a un país en forma democrática. En el fondo, hay un terror de enfrentarlo en su propio terreno y se prefiere desviar la atención hacia lo adjetivo de la vida social: al «modo» como se hacen las cosas, y no a las «cosas», se hagan según ese u otro modo. Es que no sólo habría un enfrentamiento directo con los comunistas, de adoptarse la posición lógica, sino previamente uno mucho peor, cual es el enfrentamiento con la conciencia personal que, a pesar de todo, denuncia el fracaso de tal actitud. Habría que reconocer errores

que son ya más que centenarios y abjurar de todo lo que se ha endiosado en el último siglo y medio.

Aquí es donde está el *quid* de la lucha antimarxista: en la solución de esta cuestión previa; y es por eso, por la incapacidad que se ha manifestado en enfrentarla, que el comunismo avanza a pesar de sus fallas y de sus contradicciones y si en algún momento se detiene o retrocede, no es por la efectividad de sus contrarios, sino por sus propios problemas internos, que los tiene y mayúsculos.

Las alternativas ...

Es cierto que el proceso esbozado en estas líneas ha adoptado formas diferentes en los diversos países; que no todos han sufrido idénticos efectos; que algunos, de manera un tanto optimista, estiman estar a salvo. Ciertamente, también, que distinto ha sido el grado en que se han ido dando sus etapas en cada una de las regiones; pero, tampoco puede racionalmente negarse que, unas antes, otras después, las repúblicas hispanoamericanas han recorrido o están recorriendo, en sus trazos esenciales, un mismo camino que desemboca en un similar fin fatal. Honestamente, creo que nadie puede sorprenderse de la triste situación a que hemos venido a parar. Ella no es fruto de una generación espontánea ni de un azar del destino. La profundidad y permanencia de sus causas nos pone hoy al borde de avanzar un paso más, que puede sea el definitivo, en la destrucción de nuestro ser.

El estado a que ha llegado el proceso que comentamos, en su desarrollo implacablemente lógico, impone, si se pretende cambiar de rumbo, un realista examen de esas causas y de los caminos que se presentan a seguir. Ello es más necesario ahora que nunca, pues a nadie se oculta que la característica más definitoria de esos países en la actualidad es la de «frustración histórica»; frustración que, al hacerse consciente, se refleja en todas las manifestaciones de la vida social e individual. Hoy, Hispanoamérica, asfixiada en una cultura que no es la propia —que ni siquiera es racional— y que la obliga a vivir en contra de su idiosincrasia, se debate en el trance de abandonarla, de renegar de ella, mas no porque se haya dado cuenta de su intrínseca

corrupción, sino por estar simplemente en vías de ser vencida por aquélla que nació de su propio seno, esto es, la socialista, y que hoy la viene a suceder en la consideración mundana. Y con esa frivolidad que, cual maldición caracteriza su vida independiente, Hispanoamérica se prepara para entregarse en sus brazos, para irse con el triunfador de turno. En ningún momento se le ocurre examinar la posibilidad de un modo propio de existir que haga innecesaria tan vergonzosa entrega; y si acaso no hubiere un destino propio e intransferible que alcanzar, capaz de dar sentido a una vida colectiva y que le permita gozar en propiedad, y no sólo en el nombre, de la categoría de nación soberana.

Los profetas de la «revolución», enquistados en mil lugares inverosímiles, especialmente en los llamados organismos internacionales, han dado su diagnóstico para la enfermedad que nos corroe, y que se manifiesta en esa frustración histórica: dicen que es el efecto del subdesarrollo económico y de la dominación imperialista. Su receta es: reforma de estructuras y socialización acelerada. Es verdad que hay subdesarrollo y dominación imperialista, pero, apreciados objetivamente, no cabe negar que, más que causas, son síntomas de una enfermedad más grave. Habida cuenta de quienes profieren tal diagnóstico y tal receta, no es posible dejar de entrever la intención inequívoca de acelerar el proceso de disolución interna y de preparar el advenimiento de la tiranía comunista.

A otro nivel, con el simplismo característico de la época, se pretende obligarnos a elegir entre dos caminos que, como únicos, se abrirían para superar el estancamiento actual. Ellos serían la democracia, por un lado, y por el otro, el marxismo. Algo así como elegir entre el gorro frigio y la hoz y el martillo. No es difícil demostrar la falacia —por decir lo menos— que encierra tal alternativa. Si, como hemos visto, el comunismo florece en las condiciones creadas por el liberalismo, mal puede éste aspirar a ser una opción valedera. Por lo demás, mientras la democracia no es sino un método apto para llegar a cualquier parte, el comunismo es una doctrina completa acerca de la persona y de la sociedad; y su concreción a la vida real, sea o no por la vía electoral, no deja ningún resquicio para la aplicación de otra. En el fondo, al tratar de imponer esta alternativa, sólo se pretende man-

tener un *statu quo* mediante el chantaje que significa contraponerlo al peligro rojo.

Las naciones, en tanto en cuanto son una proyección de los individuos que les sirven de fundamento, participan, de algún modo, de la inteligencia y libertad que los especifican. En consecuencia, participan también del dilema en que se resuelve su vida: ser o no ser; dilema que se arrastra desde los orígenes de la humanidad y que se ha de mantener como la constante más dramática de la existencia de aquéllos hasta la consumación de los siglos. En definitiva, toda alternativa vital se resuelve en ésta que mencionamos y cualquier tentativa de eludirla significa elegir, desde luego, el no ser. Ahora bien, el ser entraña, en el caso que nos ocupa, vivir conforme a la propia naturaleza: pero, tal como en el caso de los individuos, la naturaleza de una nación encuentra su fundamento en el fin para el cual fue hecha.

Hispanoamérica no nace ayer a la historia ni es cualquier cosa, por lo que no es necesario «inventarle» una finalidad. Si es algo, es porque lo es para un destino que fue lo primero en la intención de quien, en su infinita misericordia, permite constantemente, antes y ahora, su existencia. En definitiva, ser Hispanoamérica significa volver a unirse con la tradición que, un día, en un momento de locura colectiva, se abandonó para ser reemplazada por las luces falsas de los errores revolucionarios. No se trata de volver a formas políticas adjetivas que pueden haber pasado definitivamente, sino de enraizarse con la milenaria tradición cultural que es el alma nacional de nuestro continente. Es cuestión de reavivar los rescoldos de un fuego que aún no se apagó y a cuyo tenue calor todavía se desarrollan formas de vida civilizada. En esa tradición podrá reencontrar la solidez inexpugnable del *derecho natural* como única norma humana de vida social y, por lo tanto, única fuente de paz, orden y justicia; y la organización que de ahí nazca podrá proyectarla, en cumplimiento de su verdadera misión histórica, a un mundo putrefacto en su soberbia, afirmando los valores eternos del occidente cristiano.

A pesar del desorden y la anarquía que presenta Hispanoamérica, no faltan motivos para tener esperanza. Rotas las barreras del dogmatismo liberal y de un nacionalismo trasnochado, el continente tiende, aunque de manera imprecisa y más por instinto que por razón, a la

unidad que creo nadie podrá impedir. La cuestión está en que dicha unidad se ponga al servicio del verdadero fin nacional. Por otra parte, no todo está podrido; la disociación entre el juego político y el hombre común es algo evidente. Así, por ejemplo, mientras los dirigentes de ese juego al hablar de democracia se refieren a la liberal, éste —el hombre común— entiende la orgánica y nunca ha podido comprender a los delirantes parlamentos que se dicen representantes de la voluntad popular. En suma, Hispanoamérica se enfrenta a la disyuntiva; no puede eludirla. O ser aquello para lo cual fuimos hechos, o seguir en el despeñadero que conduce al caos y después a la tiranía marxista, que nos pondrá ya unidos, al servicio de la «revolución», antítesis acabada del pensamiento y de la vida católicos.

Hispanoamérica tiene historia para salir adelante; sin embargo, el problema excede el campo de lo intelectual para caer en el de la moral. Más que conocer el camino de salida, lo difícil es resolverse a ir por él, pues ello exige un renunciamiento y una rectificación moral que enderecen nuestros pasos, haciéndonos vivir conforme a nuestra naturaleza, hacia Aquél que dijo de sí mismo ser «el camino, la verdad y la vida». No está la solución en un cambio de constituciones o de leyes positivas, ni mucho menos de abstractas estructuras. Todo eso es «escapismo». Como en todos los tiempos, la regeneración social ha de empezar por la regeneración personal de cada uno.